



REVISTA DE DIFUSIÓN ACADÉMICA

ISSN 2718-6318

Año 1 | Número 2 | Octubre 2020

## Impotencia de los omnímodos

Miguel Angel Santagada <sup>1</sup>

msantag@yahoo.com

---

<sup>1</sup> Licenciado en filosofía y letras, escritor y docente en la Universidad del Centro y la U.B.A. Doctor por la Universidad Labal de Quebec.

*El egoísta, por su propia naturaleza, debe estar preparado para luchar bajo cualquier bandera que se ajuste a su conveniencia.*



Si todos los asiáticos a la vez dieran solo un pequeño salto, provocarían una convulsión peor que la de un sismo extraordinariamente fuerte. Todo el planeta se estremecería, no solo por la agitación de las muchedumbres, sino por los factores movilizados para lograrla. Las dificultades para producir ese terremoto no serían físicas, sino políticas. O culturales. Semejante acuerdo unánime parecería inverificable en la historia humana.

Aunque con alcances menos espectaculares, la decisión de autócratas carismáticos ha logrado alguna vez, episódica y fugaz, que muchas voluntades acordaran en torno a decisiones aún más complejas que un pequeño salto. No faltaron engaños sugestivos tales como el chantaje de la violencia genocida. O la inminencia de un infierno de hambrunas y miserias que podrían atenuarse con sumisión y temperancia. El acuerdo entre muchos individuos poseedores de puntos de vista y objetivos diversos ha podido lograrse por la fuerza de una amenaza suficientemente pavorosa. El miedo común puede unificar corazones bajo la comprobable meta de salvar la vida

de cada uno. Sacrificar lo menos posible de la infantería para preservar al generalato. Preservar al generalato aunque deban resignarse divisiones enteras de soldados. Dicen que, ante la adversidad de la invasión germánica, Stalin ordenaba fusilar a sus propios generales bajo la acusación de “poco patriotas”.

Algo menos dramático, pero sorprendentemente eficaz, es este método de redención por cuenta propia que impulsó el sistema capitalista en su última versión angurriente. Es preciso salvarse para que los demás se salven. Claro, todo esto funciona en el plano de las representaciones triviales para las que únicamente el desconsuelo deja algún rato: en el stress de cada jornada, la desazón de cada año, la pérdida irredimible de nuestras esperanzas al cabo de las décadas de la vida “útil”. Mientras cada uno se concentre solo en la cruz que carga, creará resignadamente que el peso se aligera si admite que es ilusoria la aflicción colectiva e inalcanzable el consuelo general.

El sacrificio es una salvación paradójica: un infierno del que es preciso huir para labrar cada uno su propio paraíso. Un cielo no de angelitos sino de circuitos de inteligencia artificial, tecnologías de hiperconectividad y sensaciones en tiempo real. El espectáculo produce una extraña satisfacción, el reemplazo presente de aspiraciones personales por postergaciones ofrendadas para el futuro. Nada de esto es nuevo más que en su implementación de escalofríos sin piel que tirite. Apenas emoticones y fotografías coloreadas superficialmente.

### **Libertad imaginaria, autocracias invisibles**

Pretenderse déspotas capaces de hacer coincidir tantas voluntades lleva a la alucinación. Desde tiempos bíblicos algunos esperaron que la fe o la obediencia movieran montañas. La voluntad sincronizada de millones de individuos produciendo cataclismos que solo la fuerza de la Naturaleza podría realizar. Caer en la trampa de las propias metáforas. ¿Qué estremece más? ¿La sospecha de que la humanidad está sometida a fuerzas incontrolables? ¿La voz obstinada de un solo pastor para lograr un consenso universal entre muchedumbres de corderos sumisos? Más bien esto último. Pese a que los desastres naturales podrían ser imputados a la debilidad de la

especie y no a la sandez fastidiosa de dóciles gentíos persuadidos con truculencias. El respaldo multitudinario a los tiranos es una fuerza que tarde o temprano puede ser vencida. Es una fuerza de humanos: se extingue y al final puede doblegarse. Por otra parte, es más cómoda la resignación a la furia de los volcanes, a la incontenible propagación de las epidemias o la inclemencia de los tsunamis.

¿Y si la naturaleza humana simplemente no permitiera la coincidencia de voluntades más allá de un número relativamente pequeño de inclinadas espaldas obedientes? Una especie de subjetividad alerta, que contrarresta la abyección del gentío y disuelve automáticamente conformismos y espirales de silencio cuando se superan peligrosas marcas demográficas. La creencia en semejante autodepuración de los errores se apoya en evidencias débiles que ofrecen los seres inteligentes: la reflexión crítica, la sospecha, el rechazo por el fanatismo de los otros, el rechazo a los otros por el fanatismo que no advierten.

La fe en la inteligencia humana es una creencia ciertamente distraída, incoherente. Fe en que todos los inteligentes desearán hacer exactamente lo mismo, esto es, esquivar la manipulación. Pero para advertir el beneficio de no ser manipulado por otras inteligencias fue necesario que antes nos persuadieran. Fe atrapada por ilusiones y paradojas. Amante de la individualidad propia, enemiga de la individualidad ajena. Sediciente respetuosa de la ley e inconfesa temerosa del poder. Como si la ley fuera persuasiva por sí misma. Entusiasta con el progreso indefinido. Como si el bienestar se lograra a pesar de la devastación de recursos no renovables, entre los cuales la única vida propia reclama atención. Escéptica de la organización y la solidaridad. Torpe, bloqueada en la necedad, la fe comienza abriendo horizontes hacia el futuro, para cerrar las puertas del presente. Como si el tiempo no transcurriera y la historia estuviera siempre por comenzar. Un embrión del que saldrá pronto un pichoncito sin ancestros, sin memoria, ex nihilo.

Esas ilusiones que la fe omnímoda convierte fácilmente en decepción proyectan una voluntad o un deseo desmedidamente optimistas.

Descartamos por improbable producir colectivamente el terremoto, pero millones de personas sacuden resignadamente los pies y lo provocan.

También es difícil la tarea de explicar por qué son inalcanzables los acuerdos universales no triviales (AUNT, como tía en inglés). Los intereses, el egoísmo, la miseria. Existenciarios neo heideggerianos, partículas que integran la condición angustiosa de la vida en el siglo XXI. Nuestra soledad irredimible para hacer frente a las calamidades que otras generaciones, en otros lugares, vienen diseñando despóticamente. Acaso para cerrar el paso a los AUNT cada vez más utópicos y oníricos con las barreras de una vigilia tan real como el desaliento y la postergación.

### Proyectos colectivos y compañía S.R.L.

¿Un monstruo de mil cabezas es un monstruo o mil de ellos? La multitud que tiene que decidir es una congregación de mil monstruos cuya cabeza, en teoría, no podría asegurar algunos AUNT indispensables. Los monstruos aprendieron no solo a desconfiar, también ejercen la técnica de la segregación. Ante todo, aprendieron a temer a los cambios y a desear la continuidad de las desgracias conocidas. El más amenazante de esos cambios compagina una relación antisimétrica: quiero que el otro piense como yo, pero yo no aceptaría pensar lo mismo que otro. Yo soy el fundamento de toda relación posible en la que me toque intervenir alguna vez. Sin mí, que es lo que (me) importa, los demás pueden configurar lo que sus fantasías consientan. Todo lo que tengo en común con los otros es irrelevante. No sé si ellos me necesitan, yo seguiré creyendo que no los necesito.

Es concluyente el expediente de la espectralidad de los otros individuos. Los ubica yacentes en la hoguera moribunda donde fueron incinerados. Ahora es difícil encontrar entre las cenizas lo que se ha consumido con el fuego. La imagen del mundo lograda por la maquinación de un engaño perpetuo, renovable. Una realidad que los insomnes adjudican a su pesadilla. Se avanza en una curiosa aproximación que no implica alejarse de nada. Destruimos a propósito desde el pensamiento a los otros, para que su pensamiento no nos destruya sin querer a nosotros. La progresión evolutiva desde simple e

indiferenciada homogeneidad a compleja y diferenciada heterogeneidad. Un arco de incongruentes matices imaginarios con efectos reales: especies exhaustas, suicidios, efectos colaterales, crisis recurrentes.

Saltar todos a la vez produce vértigo, no por el salto y sus efectos planetarios, sino por el acuerdo general necesario para intentarlo. Sería un acuerdo de cambio, un salto hacia el precipicio por donde se desbarrancarían engreimientos y petulancias encumbradas gracias a la maquinaria de los AUNT vigentes. Me asusta la idea de que yo esté pensando como miles de otros, pero me agrada la fantasmagórica esperanza de que los otros piensen como yo. He aquí la reducción a la unidad del millar de monstruos. Y bajo nuestros pies, el terremoto que provoca la claudicación al egoísmo.

¿Y las libertades individuales? Un estado hipnótico del que cuesta escaparse. El “salva tu alma” que desvincula la responsabilidad de los hipócritas y deprime a los esforzados. No todo es engaño. Fugazmente y con la punta de los dedos sí es cierto que, a duras penas, se alcanzan objetivos huidizos, parciales. La dignidad humana consiste en preferir ser un humano insatisfecho que un cerdo satisfecho. ¿Es suficiente que esa satisfacción se logre en el plano de las declaraciones? Más bien parece que los que suscriben la fórmula son cerdos insatisfechos, las dos propiedades que dicen repeler para preservación de esa dignidad virtual, sustituta de la comprensión o mitigadora de la angustia frente al vacío que depara el aislamiento. Ha llegado a fortalecerse el amor entre los que hacen coincidir su odio.

En un mundo donde fueran inconcebibles la suma y la resta no cabrían las ideas de colectividad ni de consciencia individual. Los dignos no serían charlatanes autoelogiados. No habría vilipendios para los indignos. No habría indignos, no habría otros. La imposición de etiquetas denigratorias no sería el ejercicio característico con que se recompensan los viles. Las bienaventuranzas serían ilegibles o perderían comprensibilidad. Las redes sociales no facilitarían el ejercicio del insulto y acaso se extinguirían como una bruma tenue.

### Pobretes, go to tax haven

Relatividad de las angustias. ¿Puede haber una sociedad floreciente y feliz cuando la mayor parte de sus miembros son pobres y desdichados? ¿Llamaríamos sociedad a una fuente inextinguible de desigualdades, de aspiraciones frustradas por combatirlas sin éxito, de engaños contumaces para mantenerlas a toda costa? Nos acostumbramos a ver pelados, pero no conocemos a fondo la calvicie. La episteme se ha convertido en doxa. Hay pelados que usan peluca, hay peludos que se rapan.



Un solo término cobija múltiples experiencias heterogéneas. El concepto de esta sociedad ampara el vertiginoso abismo entre los 2153 multimillonarios y los 4.600 millones de personas (un 60% de la población mundial) que poseen, en conjunto, menos riqueza que aquellos. Las enseñanzas que deja el terremoto caben apretadas en las mil cabezas del monstruo. Movimientos tectónicos que, en lugar de alterar la inequidad, la consienten, la justifican y la agrandan.

El destino de la globalización no era desterrar la calvicie, sino multiplicar a los calvos, incluidos los que intervienen su propio cráneo y lucen como genuinos pelados. Esa es nuestra experiencia en la región del mundo donde se registra un mayor proceso de concentración y acaparamiento de tierras productivas, a costa de bosques nativos y especies autóctonas condenadas a la extinción.

Algo así como el 20% de la población latinoamericana concentra el 83% de la riqueza, que se acumula evaporándose. Las fortunas se hacen humo, huyen hacia las guaridas también denominadas paraísos. Cuando haven es heaven. Guaridas paraísos. Rige allí la libertad hedonista: solo placer sin el dolor de los impuestos, que aquí aliviarían la desesperación. Permanece, por lo tanto, creciente, el infierno. El melencólico se rasura ante la vista de los demás, que lo creerán calvo de ahora en adelante. Informalidad, menudeo de estupefacientes, violencia, inseguridad, desempleo, pauperización. El calvo felicita al rasurado porque lo admira, y si contara con recursos, lo imitaría.

El tax heaven/haven. Se externalizan los capitales, pero regresan a asistir el endeudamiento, que provoca más desigualdad, menos esperanzas, más ilusiones, más calvicie y más pelados. Los individualistas proclaman que la seguridad contra el mal obrar de los otros es la protección de cada uno por cada uno: en defensa de la vida la única probabilidad de triunfo consiste en la confianza en sí mismo, contando solo con los esfuerzos propios y evitando o ignorando los ajenos. Se nos dice cuánto dinero cobijan los paraísos fiscales y cuánto sufren los contribuyentes por tributos injustos y abusivos. Pero si obtuvieran ganancias, las fugarían para no pagar impuestos.

No se ha detenido la calvicie, solo le han juntado algunos pelos sueltos al calvo. Se los entregaron en mano, en un montoncito. Mientras el calvo los escruta con desconsuelo, algunos mechones caen a tierra. Es la ilusión de otros AUNT. ¿Los actuales serán finalmente la ceniza en que todo habrá de convertirse? Problemas perpetuos y solución fugaz, irrelevante, ineficiente. ¿Y si lográramos redefinir el problema? Las soluciones podrían ser más satisfactorias. Todos los cráneos terminan lampiños. Todos saltaríamos a la vez, y un terremoto distópico alteraría la normalidad. Es solo cuestión de tiempo. Siempre ha habido impotentes y omnímodos. Los recursos de estos

no son escasos pero las necesidades de los otros son ilimitadas. Los fenómenos observados viajan desde lo problemático hasta lo agradable en el vehículo de criterios entusiastas. Hay que bajarse a tiempo de las miradas exigentes e imaginar otro terremoto ya que no se puede detener el cismo que está reverberando en el subsuelo.